SOLERA Y SALERO DEL FLAMENCO

Los siete reyes del cante jondo

Como bien dijo Tomás Borrás, Córdoba fué "la campana" que primero se hizo oir en esto de "el flamenco se pierde, se hunde, hay que salvarlo"; y allá se fueron el año pasado todos los que tenían algún gorgorito en la garganta dispuestos a demostrar que todavía hay por esos campos y pueblecitos de nuestra bendita Andalucía gentes que "chanelan" de serranas y tonás, cañas y deblas, tangos jacarandosos y malagueñas empalagosas como el dulce vino de pasa. Y tanto empeño se puso en la cosa, que, mire usted por dondé, la celebración del Concurso de Cante Jondo de Córdoba fué un gran éxito y sirvió para descubrir a ese "Fosforito", al que, dicho sea de paso y sin ánimo de publicidad, todavia no le han llovido los contratos como era de esperar, ni los Leones, Quinteros y Quirogas, los inventores del flamenco con orquesta y al por mayor, a tanto libreto, mas el pequeño de recho y el grande y el de en medio y todo lo demás, se han dignado escribirle una sola cancioncita de sonaja y "tembleque". ¡Pobre "Fosforito"! ¿Para qué le sirvió, entonces, ganar el concurso? ¿Para qué le va a servir a tanto muchacho ilusionado acudir al nuevo concurso que ya Córdoba prepara, a todo bombo y guitarra? ¿Para qué va a servir este nuevo concurso, por muchas figuras escondidas que descubra? Eso, eso, que me lo digan a mí.

Tampoco sirve de nada que los intelectuales se destrocen el caletre buscándole raíces al cante como si el cante fuera un árbol milenario que una raíz le sale por la India, y otra por Persia, y otra por Marruecos, y otra por la mismísima Grecia. Tendría gracia que a última hora el cante resultara una de tantas melodías extranjeras, introducidas en la mochila de un contrabandista gibraltareño, hace ya muchos años, vaya usted a saber cuántos. Y lo bueno es que nadie se pone de acuerdo en esto de dónde nació el cante jondo, porque Andalucía se lo encontró hace ya muchos años por ahí tirado, por las cunetas de los caminos y los atajos de la serranía, como niñito en cueros y abandonado a la buena de Dios. Y ese "niñito" fué creciendo y creciendo, a la par que todos iban descubriendo en él una faceta musical desconocida y maravillosa, llena de resonancias extrañas y cautivadoras, que embelesaba el pensamiento y embriagaba los sentidos; y esos sonidos naturales, sin acompañamiento todavía de instrumentos de cuerda, ni de piano, ni de saxofón, eran lanzados al aire libre alegre y azul de la riente y clara Andalucía, con la gracia más natural y exquisita del mundo, al compás tan sólo de los ruidos que producen los útiles de trabajo diario. Porque el cante jondo —¡cuidado, que ya lo dijo Pemán!— "no nació como algunos creen, en medio de la juerga y del vino y del ocio, sino, como la amapola en medio del trigo, en medio de la honrada tarea cotidiana; y sus coplas tienen en sus ritmos el eco de la faena, a cuyo compás rápido de las yeguas en la trilla, y otras, como el martinete, el golpeteo acompasado de los martillos sobre los yunques en las fraguas de los herreros". Y del campo paró al pueblo, y el pueblo lo prohijó, lo mimó, lo acicaló, y le dijo "¡hala!, a buscarte la vida", y entonces fué cuando vino la invención del "café cantante"—aunque esté fea la palabra— y al cante se le puso una silla a modo de pedestal o trono, que muy bien merecido que lo tenía porque iba a acabar con el hambre de mucha gente, y como cetro se le dió un bastoncito, para no perder nunca el "son". La guitarra fué entonces la compañera imprescindible, que ya en lo sucesivo habría de compartir las penitas y las alegrías de lo jondo, para "in seculorum".

Entonces es cuando surge el primer rey del cante flamenco: Silverio, el magnífico. Aquel todopoderoso señor de la copla, maestro de sus maestros, cuya maternidad se disputan Sevilla, Morón, Carmona y Buenos Aires; dictador de estilos y emociones desde el "tablao" del "Burrero", primero, y desde su café de la sevillana calle Rosario, luego. Silverio tenía unas facultades vocales propias del mejor tenor de su oriunda Italia, donde puede que hubiese cantado como nadie ese "adiós a la vida" que tanto nos emociona a los amantes del más aristócrata de los cantos, pero nuestro rey Silverio era más amante de las emociones que produce la seguiriya, el polo, la liviana y todos los demás cantes andaluces y acá se quedó, aunque luego fué a América, no sabemos a qué, porque eso ya sería indiscreción; pero lo cierto es que volvió y en una juerga que organizó por estos alrededores, con cantaores jerezanos, vió con tristeza que el cante había ido a menos, que ya no se cantaban los viejos estilos que él había impuesto; en resumen, que nadie supo hacerle el cante de Silverio Franconetti, y así fué y se lo dijo, lisa y llanamente, a todos los que le habían cantado, y le quisieron pegar por tamaña ofensa, pero él, que era muy señor en sus cosas ordenó al guitarrista que le acompañase con la guitarra, que iba a demostrar lo que era cantar. Y cantó, vaya si cantó. Como los ángeles; si, señor. Y cuando terminó fué entonces cuando los "gachés" se dieron cuenta que estaban ante el mismísimo Silverio en persona. ¡La que se armó, morena!

El segundo rey fué el señor Manuel Molina, aquel que terminó sordo de tanto cantar y del que ya he hablado en un artículo anterior sobre Manuel "Torres". Fué el primer ídolo jerezano que levantó la afición al cante. Y de él no diremos más, sino que fué un gran dominador del martinete y la seguiriya y una bellísima persona, apreciado por todo el mundo. Aun le quedan descendientes que pueden dar fe.

Sebastián "El Chato de Jerez", fué otro rey, aunque su reinado fué a medias con "Carito", otro jerezano genial. ¡Qué seguiriyas las del "Chato"!

Después vino Chacón. El primer "don" del flamenco. El renovador de todas las viejas escuelas y el creador insuperable de los mejores cantes por caracoles, malagueñas, granainas, carageneras, mirabrás y tarantas que se han escuchado y se seguirán escuchando. Todo elogio es poco ante la grandeza de su cante y la bondad de su corazón de artista supremo.

Y, en la misma época de don Antonio, otro rey: Manuel de Soto "Niño de Jerez", el cantaor con más "duende" que ha existido, en todas las épocas. Aún hoy día, no hace mucho, yo he visto llorar a los gaditanos escuchando sus discos. Era un dios de la copla, enigmático y raro, como deben ser los dioses. García Lorca dijo de él, que era el hombre "con más inteligencia en la sangre que había conocido".

Después vino Tomás "el de los Peines". Tomás Pabón. Seguidor de los maestros de la escuela jerezana y de los cantes de Enrique el Mellizo, "de los que hacía verdaderas filigranas", a decir de Fernando "el de Triana".

Luego, por derecho propio, el trono del cante lo ha ocupado Antonio Cruz García, conocido por "Mairena". ¿Quién mejor? El orgullo más grande de este artista es haber cantado siempre cante grande. La raíz de su estilo hay que buscarla en "Torres" y en Joaquín "el de la Paula". Canta de todo y su cante recio, con auténtico "eco" gitano, se ha escuchado en toda Europa y América. ¡Hasta en la Scala de Milán! ¡Será este rey grande!

Estos son los siete reyes del cante jondo. Claro que hay más, pero estos son los más grandes, los más poderosos. Verdaderos creadores de escuela. De los otros ya hablaremos otro día, que ahora se nos acaba el espacio y es ya mucho lo escrito. Contando, desde luego, con el benevolente consentimiento del director, ya iremos soltando algunas cositas bastantes curiosas para los aficionados, ¡que es mucha la solera y el salero del flamenco!

Santiago Bulerías.

AYER, 3-V-57